

GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

ADVERTENCIA

GENTE VIEJA se descentraliza, es decir, procura tener representación en todas las provincias de España, donde hay escritores de muchísimo mérito, y así como tenemos en Granada á Afán de Ribera, en Almería á Francisco Rueda López, en Valencia á D. Teodoro Llorente y al Conde de Fabraquer, en Ján á Almendros Aguilar, en Arcos á Mancheño, en Aranjuez á Llorente Fernández, en Barcelona á Enrique de Espinosa y en Jerez á Jacinto Ribeyro, contamos desde hoy con la colaboración del eximio escritor D. Carmelo Calvo, que desde Alicante se ocupará de nuestra representación enviándonos sus notables trabajos.

El número de los literatos *mozos viejos* es cada día mayor; nos asemejamos á los exclaustros que, á pesar del tiempo que ha transcurrido desde la degollación de los frailes, no parecé sino que procrean.

...ALLES FÜR ALLE

Tengo idea de haber estudiado Hacienda pública: sin duda por esta razón no me han buscado, como á Romero, para entrar en la concentración. Y lo único que de mis estudios recuerdo es la gran reforma tributaria llevada á cabo, creo que por Bravo Murillo, que era el Villaverde del partido moderado, según la cual se consiguió la unificación de los impuestos, y aunque no se llegó al ideal del *Income-tax*, que ya empezaba á ser el ideal de los avanzados de entonces, por lo menos desaparecieron la contribución de «paja y utensilios», las «siete rentillas», en las que se comprendía el estanco del lacre, de los naipes (cosa que hoy goza de toda libertad), y otras muchas que recuerdan, por sus nombres y complicación, los que daba la ciencia médica á las enfermedades de entonces, porque también hemos mudado de enfermedades. En vez de todas estas cosas, y hasta de la renta «del noveno y excusado», que parece un chiste de *Los cuadros vivos*, quedó la territorial, el subsidio (así, con cierto miedo, como si la industria no fuese lo más productivo), y más modernamente la socialista de las cédulas. ¡Ah!, y los indispensables consumos, que ni los progresistas pudieron quitar. ¿Cómo había de comprender yo, sabiendo lo que rige en la materia, lo que oí días pasados en una oficina de un recaudador? A usted—me dijo—le han echado 18 pesetas de instrucción, y al señor (otro desventurado contribuyente) 248 de langosta; en cambio le imponen un céntimo de instrucción.

—Poca instrucción me parece—repuso otro.

—¿Pero qué está usted diciendo?—exclamé;—yo no tengo ninguna finca que se llame Instrucción.

—¿Y á mí—saltó un paleta—cuánto me ponen de langosta por mi casa de Villar del Olmo? Si me ponen un céntimo como al señor, me conformo; si no, denuncio al alcalde, que se ha gastado la gasolina en su casa

y luego ha repartido langosta como ha querido. (Histórico.)

¡Y aquí que las pagamos tan caras!

Confieso que por más anticipaciones racionales—como decían los krausistas—que hice, por más que recordé las explicaciones de los que luego han sido ministros de Hacienda, no me podía explicar el céntimo de instrucción con las 248 pesetas de langosta. Eso de poner en parangón á los maestros de escuela con el *acridio* de la Mancha, no me cabía en la cabeza; pero al llegar á casa me encontré con un párrafo laudatorio al Conde de Romanones, porque ha conseguido pagar á los maestros de escuela.... aumentando la langosta, es decir, haciendo entrar la langosta del recargo en la territorial urbana, como, sin pensarlo, decía el paleta. Antes los maestros no comían, aunque en ese ayuno se ha exagerado mucho; pero ¡vaya una gracia; pagar una obligación sacándola del contribuyente, echando á otro la langosta.... de instrucción!

* *

Leo con espanto que para cazar al bandido Varsalona, en Italia, ha habido una colisión entre la policía y los distinguidos partidarios del héroe, hasta marqueses; y en la que hubo muertos, heridos y prisioneros, sin llegar á la captura. Los que tienen que ver con la justicia son aquí más humanitarios. Verdad es que no los cogen; y si no, ahí está—es decir, ahí no; no crea la policía que le tengo yo debajo de la cama, como Gabilanes;—pero ahí está, digo, Mamed Casanova, que por el nombre parece algún D. Carlos marroquí, hijo putativo de Balseiro y seminieto moral de Candelas; y ahí están quizá los Humbert, que se habrán venido aquí como punto más seguro; pero no se meten á luchar con la guardia civil, ni causan bajas á la policía, y esto siempre es un progreso, pues el orden permanece, si no inalterable, porque esto es un disparate de los admitidos, por lo menos, inalterado.

* *

No estamos tan atrasados como se supone; ahora mismo dicen de Alemania, como un gran adelanto, que el Reichstag ha dictado una ley favorable á los niños. No podrán trabajar hasta tener diez años de edad y justificar que han cursado la primera enseñanza, y entonces podrán trabajar, pero sólo desde las ocho de la mañana á las ocho de la noche. Como allí no rige el horario de Dato, esto al pronto no parece mucho; pero digan ustedes: desde las ocho hasta las veinte, como aquel correo de Cervantes; ¡y que se venga quejando Pablo Iglesias de la tiranía de los patronos españoles! Aquí nadie trabaja tanto, ni se preocupa de saber antes el catecismo, como quiere que se aprenda el Conde de Romanones, clarito y en castellano.

Y ahora caigo en que esto debía importarle poco al ilustre ministro. En el nuevo plan queda la asignatura de religión como voluntaria, es decir, á la altura de la gimnasia, de la esgrima y del dibujo de figura; es el modo de que nadie la estudie. Por supuesto, que esto es un plagio de lo que se ha hecho con el pimentón y el aceite; el que lo quiera con aceite.... que lo eche en su casa, y así nos quitamos de cuestiones con los obispos catalanes y los huertanos de Murcia. No, bien dicen que gobernar es *prever*.

* *

Pero en esto del catecismo quien ha dado la nota, como ahora dicen, es el progresista D. Nicolás Esté-

vanez, dejando contentos á catalanistas y centralistas, como dan en llamarnos á los de acá los simpáticos de la barretina. No quiere aquel señor que el catecismo se enseñe en ninguna lengua; y esto es lo que se practica en Zululandia y en la Etiopía, que serán por lo visto países muy progresistas, pero nos sucede con esto como con la federal, que no estamos aquí aún preparados para tamaños adelantos.

* *

No sé por qué Sagasta anda tan preocupado con la tardanza de las respuestas de Roma. Como decía Cervantes: «ahí está el Obispo de Mondoñedo»; digo, ahí está el Círculo de la Unión Mercantil que se lo dará arreglado todo en un periquete. En la cuestión del descanso dominical ha cortado por lo sano: considera festivos los domingos, y como días laborables los demás, con dos ó tres excepciones. Y digo esto, porque el Viernes Santo y el Jueves Santo, que declara festivos el Papa mercantil, no lo son por la Iglesia. En cambio quita otros que lo son. Quedamos como Londres, sin poder tocar la flauta en domingo; pero pudiendo vender queso rancio y sardinas podridas.... el día de la Ascensión, los de Pascuas, etc., etc. ¿A que no considera laborables el Dos de Mayo ni el aniversario de la gloriosa? A las señoras toca hacer lo demás no comprando ni una aguja en los días *mercantilmente* laborables. Esta cuestión es, como la de los revendedores, de las que se arreglan solas; no comprando billetes de segunda mano y no acudiendo á las tiendas en los días verdaderamente de fiesta religiosa.

* *

Y mientras enseñamos en catalán á adorar á Dios, nos nace cada día una nueva palabra de sport. Ahora ha saltado el Tumbling-Club, que debe ser cosa de caerse, y en efecto, no es más que el tonto gusto de patinar.... y de ver cómo un prójimo se resbala. Ahora me explico la multitud de escuelas de lenguas que se van estableciendo: Berlitz-School, The Alge-School, etc., etc. Lo comprendo; antes de ir á las carreras, al Foot-ball, al Tumbling-Club, será preciso estar unos meses sometido al régimen de lengua, y eso que no servirá. Uno de estos maestros de escuela publicaba un anuncio días pasados en francés (nada más que en francés, lo más cursi) y.... tenía una ó dos faltas de gramática. ¡Con que para *tumbling*, *foot-ball* y demás novedades estamos.

* *

Una dama ha pasado dos días en el aire (en globo, por supuesto) acompañada de dos monsiures, y dice que lo ha pasado muy bien y que sentía bajar á tierra. Lo creo, y tan entusiasmada debía estar, que á dos mil metros oía el ruido de París y las gentes le parecían muy chiquitas:

*Ma vue est si pergante
Que je vois une fourmie
A l'haüt d'un clocher....
Mais je l'entends marcher!!*

A Sancho le parecía la tierra como un grano de mostaza, y las gentes como avellanas, y eso que no llevaba más compañía que la de su amo y señor.

Nihil novum.

GERARDO RODRIGO.



LA PATRIA Y SUS DESASTRES

(AL EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE)

I

Dulcísimo Gaspar: Mis concepciones,
de briosos *arranques* poetales,
seguro que te harán veas visiones.

No me inspiran los dioses inmortales;
no bebo ni en las fuentes de la tierra:
alumbro en un infierno mis raudales.

El cerbero ó cerbera, perro ó perra,
aunque tenga más bocas que la muerte,
y me ruja más recio que la guerra,
no puede defenderse de la suerte
con que sin butifarra le doy sueño,
dejándome á la fiera fría, inerte.

¡Figúrate qué tal será mi ceño!
Si le frunzo, se aterran los diablillos,
que aun al mismo Luzbel me lo despeño.

El gélido tintín de férreos grillos
no llenará tu espíritu de sustos.
Es de aretes de *santos* y *santillos*.

Y covachas tendrás de todos gustos,
do muertos sin morir mueren viviendo
los Nembrods de la farsa, los Robustos.

Estos, pues, tercios rimos ve cogiendo,
según que los escribo, poco á poco,
y pondéralos mucho, bien leyendo.

No temas encontrarte con un loco:
solos tienen rizada la sesera
los que á España han quitado el santo foco
desde el cual dirigián por la esfera,
nuestros reyes, magnates y estadistas,
del sol y los planetas la carrera.

Puesta en Dios y en la Patria nuestra vista;
nuestros pechos hirvientes de coraje,
¿en dónde habrá un mortal que nos resista?

Disparo mis cañones sin que ultraje
alguno pueda salpicar de barro
al que sea ó no sea personaje.

Pulverizar de la mentira el carro
la Patria dolorida me lo manda,
y que ponga á tal tía fuerte amarro.

Los poetas que estáis siempre de tanda
no os acordáis de España cuando llora:
¡la tapáis del silencio con la banda!

Pero, amigo Gaspar, llegó la hora
de sacar de catástrofes grandeza.
No. ¡No es grande España sólo vencedora!

Salido de las aguas de la Cueza,
que llevan al Pisuerga sus caudales,
del cántabro trayendo la rudeza
apretada entre duros peñascales,
poeta, ó no poeta, yo me arrojo
á levantar las almas nacionales.

No cantar la verdad es un despojo.

RUPERTO.

Como

REVISTA PARLAMENTARIA

NOTA

Ya lo dijo D. Quijote á Sancho: "Déjalo, Sancho, peor es meneallo."

Eso he de hacer hoy yo con el Congreso.

¡Dejallo!

El Parlamento está convertido en Jai-Alai ó Euskal-Jai. Pelotazos de todas y por todas partes, ¡y muchas faltas y ninguna raya!

Romero de zaguero, á veces, y otras *adelantándose*, quiere dar bolea, se arrepiente y trata de dar rasa y se aguanta con reveses.

Este eterno pelotari con boina de color que priva al público, continúa siendo siempre el que da más juego, y eso que no suele ofrecer momios.

En definitiva, en cuanto á hacer tongo, todos se igualan.

Es difícil apostar por blancos ó azules (ya rojos quedan pocos), y aunque algunos ofrecen primas, ¡ya no hay primos!!

UN MACERO DEL CONGRESO.

INVOCACIÓN

Padre del sol, Señor del Oceano,
á quien sirven los mundos del vacío
de alfombra de tu planta: en Ti confío,
Autor excelso del linaje humano.

Mi mente aleja del orgullo insano,
bríndale paz, templanza al labio mío,
pureza y vigilancia al albedrío,
y aplausos y larguezas á mi mano.

De dulce compasión el alma llena,
para quien sufre del dolor el ceño;
de caridad, para la falta ajena.

Alivia el grave peso á mi jornada:
bajo las alas de apacible sueño,
tu divino perdón sea mi almohada.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

LA DECENA INTELLECTUAL

El Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde, de todos conocido como político eminente y trabajador infatigable, ha ingresado en la Academia Española, pronunciando con este motivo un notable discurso, que por sí solo basta para acreditarle como excelente literato, en cuyo estilo se advierte el fruto de largas y meditadas lecturas clásicas. Disertó el elocuente orador sobre el tema "La escuela didáctica y la poesía política en Castilla durante el siglo XV"; fué su trabajo una monografía llena de curiosas investigaciones y de datos preciosos, exposición razonada y amena de la obra que en ciencias y artes de la moral y la política realizaron nuestros poetas de la décimoquinta centuria, según la calificó el Sr. Silvela al contestar al nuevo académico en breves pero substanciosas páginas, en las que demostró una vez más su erudición é ingenio.

También la Academia de Medicina engalanóse para recibir en su seno al joven y célebre doctor catalán Sr. Codina y Castellón, médico del Hospital General; su discurso, de extraordinario mérito, fué una verdadera profesión de fe. Contestóle el Dr. Espina, que defendió entusiastamente los progresos de la experimentación y dedicó un sentido recuerdo al inolvidable D. Basilio San Martín.

El eminente sociólogo Sr. Sales y Ferré habló en el Círculo Mercantil acerca de las causas de decadencia de nuestra patria, con extraordinaria claridad y luminosas consideraciones, acogidas con aplauso y convicción por el numeroso é ilustrado auditorio.

La Comisión nombrada por la Academia de Jurisprudencia para organizar un curso de conferencias médico-legales, se reunió, con asistencia de los Sres. Olóriz, Salillas, Maluquer, López González y Ródenas, y acordó desde luego que en el presente curso se den las indicadas conferencias, que estarán á cargo de los Sres. Olóriz, Salillas, Jimeno (D. Amalio), Pulido, San Martín, Francos Rodríguez y Simarro. Entre otros temas se desarrollarán: "La evolución histórica de la medicina legal"; "El delito sanitario"; "Aspecto médico del contrato del trabajo"; "Antropometría", etc.

La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas se ocupa actualmente en discutir los siguientes temas: "Causas de la indiferencia con relación á la política", é "Importancia del factor económico en la organización social. Crítica del llamado materialismo histórico". En estas discusiones han intervenido los Sres. Académicos Azcárate, Orti y Lara, Sanz y Escartín, Sánchez de Toca y Salvá. Igualmente lee un interesante estudio sobre el Japón el Sr. Sanz y Escartín.

Según estaba anunciado, dieron comienzo las conferencias que el "Centro Gallego" ha encomendado á distinguidos oradores, pronunciando la primera el Cardenal-Arzbispo de Santiago señor Martín de Herrera, cuya elocuente y sentida oración fué recibida con grandes salvas de aplausos. En este mismo local se ha celebrado una velada, en la que tomaron parte la pianista Srta. Asunción Calderón y el profesor de vocalina, inventor de este instrumento, D. Severino Pérez.

Con una sesión solemne inauguró sus tareas del presente curso la Academia Médico-Quirúrgica; leyó una detallada memoria el secretario, Sr. Elizagaray, y á continuación disertó sobre el "Pronóstico en la tuberculosis general" el ilustrado médico Sr. Valle y Aldabalde.

Tuvo lugar en el Círculo Industrial una agradable velada musical, cuyo programa recibió perfecta interpretación de las Srtas. García, Ormaechea y Hurtevis, y de los Sres. Abad, Latorre y Sánchez Casso.

Las asinaturas de Derecho romano y civil en "La Unión escolar" serán explicadas por el abogado Sr. del Cacho.

Ha sido nombrado delegado en Madrid de la Exposición de Bellas Artes de Béjar en 1902 el reputado pintor Sr. Rodríguez Pintado. Hemos tenido ocasión de admirar los excelentes grabados que á dicha Exposición envió el notable artista D. Luis de Soto, que en las oposiciones de 1895 ingresó con nota de sobresaliente en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y que ha logrado crearse una personalidad propia en su difícil arte.

En la pasada decena han pronunciado conferencias: el Sr. D. Ricardo Oyuelos, en el Centro de sociedades obreras sobre, "La influencia socialista"; D. Lorenzo N. Celada, en el Círculo de La Unión Mercantil, sobre las sociedades de socorros mútuos; el Dr. Soriano, en la Real Policlínica de Socorro, sobre "Higiene de las embarazadas"; el señor Gómez Suárez, en el Fomento de las Artes, sobre "Fines del Estado"; y los Dres. Forns y Recasens, en la Escuela práctica de especialidades médicas, sobre "Colestomatoma del oído medio" y "Tratamiento de las supuraciones pelvianas" respectivamente.

CAGLIOSTRO

SONETO PARA VIUDOS (á escoger el final).

¡Su nombre! ¡Sobre un mármol! ¡Triste cosa!
Aquí yacen sus míseros despojos.

Lágrimas, no salgáis, secos mis ojos
miren el sitio donde Inés reposa.

¿Qué decís? ¿No podéis? ¿Que os acosa
el llanto en vuestros párpados ya rojos?
Pues llorad; sí, llorad; y aquí de hinojos
penetrad, si podéis, la fría losa!

¿Que nada veis, decís? ¡Oh qué torpeza!
¡Cuán poco perspicaz, cuán poco activa
lumbre os dió tal vez naturaleza!

Yo sí te veo, Inés, cual fugitiva
sombra que aquí dejó seca corteza.....

¡Y te amo más que cuando estabas viva!

(ó)

¡Y me das menos guerra que de viva!

F. DÍAZ GALLO.

LA MUJER DEL ARQUITECTO

LEYENDA TOLEDANA

(Conclusión.)

III.

—No os acongojéis, maese Arévalo,—dijo con afa-
ble acento el Arzbispo al contemplar la demudada faz
del arquitecto y el abatimiento que le dominaba. No
os acongojéis, repito, por esta desgracia. Tengo com-
pleta confianza en vuestra pericia y os encargo nueva-
mente de la obra del puente.

—Ahora sí; os ordeno que empecéis los trabajos en-
seguida, que los llevéis adelante con toda celeridad y
que procuréis, cuanto sea posible en manos humanas,
concluirlo dentro de un año. Los dineros del Cabildo
están á vuestra disposición.

Besó Juan de Arévalo las manos del Arzbispo y con
lágrimas de gratitud prometió cumplir sus órdenes. En
su ánimo consideró beneficioso, providencial, aquel
incendio que salvaba su prestigio profesional.

Algunos pastores dijeron que el fuego había comen-
zado por varios puntos, lo cual suponía que podía

haber sido intencional, pero nadie dió fe á este aserto, y no se volvió á hablar de ello, desde el momento que el Arzobispo D. Pedro Tenorio declaró que el culpable, si lo hubiese, quedaba excomulgado é incurso en todos los anatemas de la Iglesia.

Serenóse el agitado espíritu del atribulado arquitecto. Con la tranquilidad volvió al imperio de sus facultades y desplegó toda su actividad y toda su firmeza. Parecía que su talento se sublimaba. Trazó nuevos planos y dispuso que el nuevo arco fuese apuntado, tal como hoy existe, y no semicircular, como era el derruido. Dedicó todas sus energías á la obra, repasando por sí mismo las plantillas, eligiendo personalmente todos los materiales, y por su incansable perseverancia la reconstrucción del puente avanzó rápidamente.

Pero también avanzó rápida y amenazadora una desconocida enfermedad que con singular pertinacia minaba la existencia de la amorosa Catalina. En vano el arquitecto la prodigaba sus más tiernos cuidados. En vano buscaba los más delicados alimentos, las más exquisitas golosinas para vencer la inapetencia que aniquilaba á su querida esposa. Ocioso era que procurase distracción ó alegría para dominar aquella tristeza lúgubre que abrumaba constantemente á la enferma. Los más afamados médicos de la ciudad la habían asistido sin éxito, y, por último, un sabio hebreo venido expreso de Granada, manifestó al desventurado Juan de Arévalo que su adorada esposa era víctima de una pasión moral, y que de no vencerse ésta moriría en breve.

Aumentó la pena del arquitecto al siguiente día, al oír á su esposa decirle con apagado aliento:

—¡Esposo mío! Rogad al señor Arzobispo que venga á confesarme. ¡me siento muy mal!

Acudió presuroso D. Pedro Tenorio, que profesaba grande aprecio á Juan de Arévalo, y apenas se quedó sólo con la enferma, rompió ésta en amarguísimo llanto, y con la voz alterada por hondos sollozos exclamó:

—¡Señor! ¡Soy una gran culpable! ¡Estoy excomulgada! Grandísima fué la sorpresa del Arzobispo al oír tan grave declaración hecha por una mujer de tan relevante conducta. Pidióla afablemente la explicación de aquellas palabras, y que le considerase, no como severo ministro de Dios, sino como cariñoso padre. Tenía la infeliz Catalina necesidad de este desahogo moral, y así comenzó su alivio en cuanto hizo al bonnadoso Prelado el relato que mis oyentes conocen y de los móviles que impulsaron sus actos.

Quedó el sabio Arzobispo encantado por aquella confesión; y si antes tenía en apreciable concepto á Catalina, desde aquel momento la consideró modelo perfecto de prudencia y discreción, de caridad y de amor conyugal. Avaloró los nobilísimos impulsos de aquella excepcional mujer y con cariñoso acento habló así:

—Debéis dar gracias á Dios nuestro Señor por haberos sugerido una idea que ha salvado la vida á buen número de hombres. Teníais además el deber de salvar la vida, el alma y la reputación de vuestro esposo. Vuestra discreción, lo ha logrado y por ella os felicito. Vuelva la tranquilidad á vuestro espíritu. La Iglesia os absuelve y este su humilde Prelado os da la bendición por vuestra recta conciencia.

Sintió la enferma inefable dicha. Renació en su pecho una santa alegría que no tuvo límites, cuando el Arzobispo llamó al artista y le dijo cariñosamente:

—Abrazad, maese Arévalo, á vuestra santa y digna esposa, que acaba de recibir de Dios mismo la salud del alma y la del cuerpo!

Marido y mujer prorrumpieron en expresiones de gozo, que cortó el Arzobispo preguntando al artista:

—¿Como lleváis la obra del puente?

—A punto de concluir, Sr. Arzobispo. Sólo me faltasentar un gran sillar de apoyo y unas tres varas de parapeto.

—Pues bien—repuso D. Pedro Tenorio—en ese gran sillar de apoyo haréis esculpir el busto de vuestra esposa, expresando su nombre y calidad. Justo es que rindáis ese homenaje á tan digna consorte. El Cabildo Catedral asigna á ambos la pensión anual de doscientas doblas de oro, por toda vuestra vida, que yo pido á Dios os conceda muy luenga y feliz, en recompensa de vuestra aplicación y virtudes.

JACINTO RIBEIRO.

TARJETAS POSTALES Con vistas de Granada.

Todo musulmán creyente
así su doctrina encierra:
Allah, sólo omnipotente,
sola una *Alhambra* en la tierra.

Si aún existiera en la *Torre*
la hermosa reina *cautiva*,
hubiera más de un guerrero
que á libertarla vendría.

De noche, al sonar la una,
de allí tus pasos aleja;
porque la mala fortuna
sale de *Torre-Bermeja*.

La puerta de la Justicia
esta tarjeta retrata:
fué una verdad cuando mora;
ya es mentira el ser cristiana.

Pico de Muley-Hacén;
de aquel Rey dice Granada:
¡qué asilo buscó tan frío!
¡qué sepultura tan alta!

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA

LA MIRADA

(Continuación.)

Inmediatamente trasladé el relato del suceso en comunicación dirigida al teniente coronel del batallón, y dispuse que los mismos guerrilleros la llevasen al poblado donde residía la plana mayor, distante unas dos leguas, y volvieran con la respuesta, á ser posible, antes de cerrar la noche.

La conseguí, en efecto, con la premura deseada; el teniente coronel me anunciaba que en la mañana del día siguiente se me presentarían, con el fin de relevar á los enfermos, treinta soldados y clases al mando del Teniente Pereira, nuevo en el batallón y á quien yo no conocía.

Tan pronto amaneció y la luz solar sucedió á la claridad indecisa del rápido crepúsculo, subí á la torrecilla del fuerte y escudriñé el horizonte, aún velado por las brumas en que se evaporaba el rocío matutino: me impacientaba el deseo de que llegaran pronto los relevos que aliviaran el suplicio de aquellos infelices aislados y encadenados á un deber que mal podían cumplir.

Hacia las diez distinguí entre un grupo de palmas altas que se cimbreaban entre hierbas guineas, un conjunto de uniformes grises y el acero del cañón de los fusiles, que brillaba herido por los rayos del sol. Poco después escuché el silbido del pito que, reemplazando al valiente clamor de la corneta, servía con su triste sonido para expresar los toques de ordenanza.

Con las precauciones rutinarias de formar mi fuerza en el portillo, de avistarse las avanzadas de los que se acercaban con el centinela, y de atravesar en correcta formación el foso, recibí á los refuerzos deseados.

Entré con Pereira y con los otros dos tenientes que conmigo estaban en el aposento angosto que nos servía de comedor, de alcoba, de salón de recibir cuando alguien llegaba para ser recibido, y de salón de fumar, por ser ésta la ocupación en que más tiempo invertíamos, y al fijarme en mi nuevo subalterno no pude reprimir gestos que denotaban mi contrariedad y desagrado.

Pereira era un muchacho de estatura elevada y porte distinguido, de cabello rubio y barba escasa, de facciones expresivas, pero demacradas y cubiertas de la palidez intensa que como huella habían dejado sucesivos y próximos ataques febriles. Y su fisonomía revelaba á

primera vista que pertenecía á clase social educada y culta, y subordinaba su expresión total á la de sus ojos azulados, penetrantes, que miraban con fijeza inalterable.

Parecía imposible que pudieran asomar jamás á pupilas tales lágrimas de emoción, ni ser veladas por turbaciones de ninguna especie; allí se contenía el reflejo de una voluntad vigorosa, de una decisión inquebrantable, cuya marcha no serían capaces de detener escrúpulos ni sentimentalismos.

La mirada despertó en mí el recuerdo de la que me dirigiera la querida de mi padre la única vez que la vi siendo niño; era igual también á la del profesor que me privó del premio codiciado en el Instituto.

Nada se apodera de nuestro ánimo con mayor celeridad y poderío más eficaz, que la superstición; no ha de parecer extraño, por lo tanto, que al notar la coincidencia supusiera que, por los enlaces misteriosos de la fatalidad que unían á ciertos seres contra mí, y á quienes caracterizaba la mirada aquella de intensidad y fijeza especiales, Pereira era un enemigo y se hallaba destinado á intervenir en alguna aventura que me fuera funesta.

Dispuse que á medio día, y después de almorzar, emprendiera la marcha la fuerza mandada por Pereira, y decidí acompañarles hasta el destacamento para hacerme cargo directo del estado de su salud, y regresar acompañando á los que hubiera necesidad de relevar.

Durante el almuerzo demostró Pereira ideas y sentimientos que, lejos de destruir mis inconscientes antipatías, las avivaron y fortalecieron.

Era un sér lleno de voluntad, pero á la vez impresionable, un impulsivo — como se dice ahora —, poseyendo condiciones de carácter propias para servir en el Ejército, siquiera tuviese que vencer á cada momento asomos de indisciplina mal contenidos.

Recayó nuestra conversación — como era lógico entre militares y en aquellas circunstancias — sobre los asuntos de la guerra, de la guerra desastrosa cuya finalidad era incomprendible. Teniendo en cuenta que hacía ya muchos años nuestra dominación carecía de arraigo y se sostenía imperfectamente y á través de contrariedades sin cuento, y que los Estados Unidos nos amenazaban abiertamente, haciendo alarde de su positivo poderío, nadie que no tuviera nublado el entendimiento por la ignorancia ó la pasión podía predecir la victoria de nuestras armas. No obstante, para rendir culto á la preocupación infantil de conservar el honor del soldado, sacrificando para ello unos millares de existencias juveniles, se nos hacía prolongar — nadie sabía hasta cuándo — la resistencia tenaz contra un pueblo embriagado por falsas ilusiones de libertad é independencia y sostenido en su lucha por los intereses de vecinos deseosos de convertirse en señores suyos.

Como consecuencia de la exposición de estas opiniones, hablóse de los provechos alcanzados por los oficiales de nuestro ejército, y en este punto se mostró Pereira atrabiliario y díscolo. Él se consideraba postergado; había sufrido como el ménos venturoso las penalidades de la guerra durante más de dos años; se había encontrado en multitud de acciones, y sin embargo no lograba el ascenso; comparaba su suerte con la de otros compañeros, elevados ya á empleos superiores, y con ironía los juzgaba, tachando á todos, con frases veladas, de intrigantes y aduladores.

A pesar de que tales conversaciones no eran ejemplares para el sostenimiento de esa disciplina tan recomendada por las viejas ordenanzas, conocía yo sobradamente las causas de desaliento que influían á la sazón en el espíritu de la oficialidad, y no me sentía con autoridad suficiente para reprimir quejas, no conformes por cierto con la interior satisfacción que el soldado español debe abrigar, si á la letra cumple lo dispuesto en una de las leyes fundamentales de su ejército.

Pero aquel descontento — disculpable ante mi criterio tolerante — se expresaba en los labios de Pereira en formas de sarcasmo tan acentuadas, que traducían la pasión más vil de todas las humanas: la envidia.

Por eso, al levantarnos de la mesa y disponernos á marchar con los soldados, que ya habían formado en el exterior del fuerte, sentía más pronunciado el senti-

miento de aversión hacia Pereira: su mirada, semejante en un todo á las otras que guardaba entre mis recuerdos más dolorosos, me molestaba; continuaba leyendo en ella la firmeza en la voluntad, la decisión en los propósitos; pero una y otra puestas al servicio de odios, de rencores, de sentimientos rastreros.

Nos pusimos en marcha en mal hora. Apenas alejados un kilómetro del fuerte, nubes plomizas y espesas cubrieron el cielo; la calma en el viento y la asfixia en la atmósfera anunciaban lo inevitable de la tormenta, que á poco estalló con truenos fragorosos. Era poco apetecible recibir el torrente de un aguacero tropical entre la manigua; mas no teníamos medio de ponernos á cubierto: no era posible ni retroceder al fuerte, ni forzar el paso para llegar más pronto al destacamento; la tempestad arreciaba por instantes.

Las primeras gotas de la lluvia, cayendo con lentitud y pesadez, nos indicaban que era lo más prudente hacer alto y prepararnos con resignación á chapuzarnos durante un par de horas.

El aguacero se desencadenó con violencia, y el lugar donde estábamos ofrecía más peligros que ventajas: las laderas meridionales de la sierra del Cuzco formaban en aquel paraje una sucesión de cauces paralelos que en la estación lluviosa conducían con velocidad torrencial las aguas que las tempestades cotidianas depositaban en las mesetas superiores de la cordillera. Precisamente entre dos de estos cauces, que dejaban entre sí espacio reducido y se reunían unos cuantos metros más hacia abajo, precipitándose en ruidosa cascada, nos veíamos precisados á detenernos.

Pereira encontró motivo en el contratiempo para dar suelta á sus ironías, burlándose de las excelencias del suelo y del cielo cubanos, de las comodidades de la guerra y de la oportunidad con que habíamos elegido el momento de nuestra partida.

No prestaba yo gran atención á semejantes desahogos de su mal humor, los cuales me parecían de dudoso gusto en aquella ocasión. La lluvia aumentaba, azotando nuestros rostros y empapando nuestros uniformes; la obscuridad se acentuaba hasta el extremo de que la opacidad de las nubes y el agua que en masas espesas caía circundándonos, cerraban el horizonte; el suelo, pantanoso de ordinario, se convertía en un conjunto de barro y lécamo que se hundía, obligándonos á cambiar de sitio á cada minuto.

Los arroyos que corrían á uno y á otro lado, acrecentados en su caudal, desbordaban sus cauces, extendían sus aguas por todo el terreno, confundiendo sus corrientes; los soldados, apiñados junto á Pereira y junto á mí, huían de los charcos que se iban formando bajo sus pies y resbalaban en el fango. Indudablemente estábamos en una *tembladera*, de la cual era preciso salir á todo trance.

Ordené á los soldados traspusieran el arroyo de la izquierda, que me parecía el menos crecido, y treparan hacia la parte superior de la ladera, donde á no quedar encontrarían terreno más consistente. Uno á uno, y con fatigas indecibles, iban saltando la corriente del arroyo; las aguas se arrastraban impetuosas hasta el fondo del barranco con desmesurada rapidez, y era indispensable buscar puntos de apoyo con las manos, con los fusiles, de cualquier modo, para no perder el equilibrio. Realizando maravillas de gimnástica y tomando todos á chacota los riesgos que corrían, pudo mi gente ponerse en salvo; sólo quedamos en la *tembladera* Pereira y yo.

Juntos nos lanzamos á cruzar el torrente; mas apenas abandoné yo la orilla, me faltó terreno donde afirmar mis pasos, resbalé y caí en el fondo del arroyo. La corriente me envolvía, me era imposible contrarrestarla; cedía por momentos la espesa masa de fango resbaladizo cubierta por las aguas. Caí de bruces al esforzarme por salir del apuro, y aquel tropiezo paralizó mis movimientos. Las sensaciones de dolor, de turbación, de angustia y de agonía se sucedían unas á otras, sin dejarme lugar para medir su intensidad ni su duración; mas todas ellas me hacían comprender lo próximo de mi fin. Tan cerca de morir estuve, que pude apreciar cuál es el estado del ánimo en el dintel del terrible misterio; recordaba las palabras de Hamlet: «la vida molesta, opresora, ni es cosa tolerable ni deberíamos

lamentar el perderla, si no existiera ese más allá desconocido, si no nos infundieran invencible temor los sueños del sepulcro.»

Nublóse mi entendimiento y quedaron anulados mis sentidos; mis ideas se confundían entre visiones borrosas y fantásticas, y recuerdo vagamente que no sé si con la imaginación ó con los ojos veía las miradas de la concubina de mi padre, de mi profesor, de Pereira; la mirada diabólica con que el destino caracterizaba á mis enemigos; la mirada que debía ser, en el instante postrero de mi vida, la última de mis sensaciones terrenales.

MANUEL CONROTTE

(Continuad.)

UNA IMPRESIÓN

Yo la miré, me miró:
á poco, su amigo fuí;
yo suspiré, suspiró:
un billete me pidió,
y yo el billete le dí.

Después.... sucede lo mismo,
y, como en nada me lucro,
ella extrema su cinismo,
más fría que el egoísmo
y más ávida que el lucro.

Resumen de la impresión:
que yo resto y que ella suma,
dejándome, en conclusión,
como el gallo de Morón,
cacareando y sin pluma.

De caso tan singular
el recuerdo me molesta,
y bien puedo asegurar
que, como sé lo que cuesta,
no me vuelvo á impresionar.

¿Y si el límite traspaso
del recelo, del encono,
y si me sale al paso?...
Nada, nada; por si acaso,
lo dicho: no me impresiono.

JOSÉ M.^a NOGUÉS.

LA DECENA DRAMÁTICA

El amigo de Barrutia, que sólo con serlo da pruebas de su vejez, tiene los bronquios en estado más lamentable que el género chico que cultiva lo chulo, y ha tenido necesidad de marchar á Alicante por unos días. No sabe hacer revistas de referencia—resabios del antiguo sistema—y se propone ver todas las obras estrenadas y dar cuenta de ellas en el número próximo.

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA.

Alicante 29 Noviembre 1902.

SONETO

Fugaz huyó la alegre primavera
con su riqueza, pompa y atavío,
matizando las márgenes del río,
esmalutando de flores la pradera.

Siguiendo el sol en su eternal carrera,
el otoño voló tras del estío,
y vestido de nieblas, vino el frío
invierno con nevada cabellera.

Así pasó tu edad, mujer tirana,
siguió á tu infancia juventud dichosa,
madre feliz de tu belleza vana:

Y llegó la vejez fría, achacosa,
tu negra cabellera vuelve cana,
¿y qué te resta de que fuiste hermosa?

MARIANO CAPDEPÓN.

A LA VIRGEN INMACULADA

Del uno al otro extremo de nuestra Península repercute el estampido del cañón, anunciando á los hijos del hispano suelo el gran día; porque, si bien este título lo reserva la Iglesia para aquel día

en que Cristo, triunfante de la muerte, sale del sepulcro, para, abriéndonos con la Resurrección las Puertas eternas, si la bellísima criatura que Santa Ana concibió en su seno, limpia de la original culpa, no hubiese hollado con su planta la sierpe infernal, adquiriendo entonces los méritos propios de la que había de ser madre de un Dios, el mundo gemiría envuelto en el sudario de la culpabilidad contraída por el pecador Adán.

Por María hemos sido regenerados en Cristo; ella, la Virgen de Nazaret descrita de admirable modo por el evangelista de Patmos; ella, cuya beldad San Dionisio Areopagita ensalza hasta decir que, si no hubiera Dios, por tal la tomara adorándola. María es mas bella que los lirios de los bosques australianos; más blanca que los nardos de Cebú, y de perfume superior al de las sampaguitas que, á orillas del Pasig, cultivaron los españoles para adornar los altares de su Patrona excelsa. ¡María! Toda pura; toda hermosa, cual la concibió el más espiritual de los pintores, Bartolomé Esteban Murillo.

En el alcázar regio, como en la humilde choza, aclámase á María en el misterio más dulce y más hermoso de su Concepción purísima.

Una décima parte de las mujeres españolas llevan con orgullo el nombre santísimo y poético de Concepción. ¡Concha! Así llamamos á la nacarada que guarda en su interior la rica perla; y las bellas que el nombre de CONCEPCIÓN ostentan, Conchas son que guardan en su seno el nombre sagrado de María.

El cielo de nuestra España, envidiado de cuantos nacieron allende el Estrecho, ó allende el Pirineo, paréceme que es el azulado manto de la Virgen, que es tendido por alados querubines; es guardador de esta Nación Mariana por excelencia, y la salva de las asechanzas del común enemigo que más de tres siglos hace se empeña en descristianizar. Pero el dulcísimo misterio, con tesón y doctrina defendido por los españoles Salmerón y Láinez en el Concilio de Trento, es la invocación de las invocaciones. ¡Ave María Purísima! He aquí el saludo de nuestros abuelos, la exclamación de asombro que aún se oye con placer indecible. ¡Ave María Purísima!

En las puertas de las casas veíase la dicha salutación, y aún se conserva tan hermosa invocación en el lugar sagrado; es decir, cuando á confesar las culpas se postra el penitente ante el ministro de Dios; si es español el Sacerdote, pronto lo conoceréis, pues repite la misma frase á cada uno de sus penitentes; y éstos, humildes, responden: «¡Sin pecado concebida!»

¡Sí; María fué sin culpa concebida, porque, criatura empañada por el abominable pecado, no podía en manera alguna llegar á ser Madre del Dios tres veces santo, santuario vivo donde habitara la Santísima Trinidad.

¡Gloria á María, Virgen Inmaculada! ¡Gloria á España, que tan excelsa Patrona aclama! ¡Gloria á las mujeres españolas, que devotísimas el nombre de Concepcion ostentan! ¡Gloria á cuantos las grandezas de la Inmaculada cantan! ¡Bendita la Nación que se escuda con el título hermoso entre los más bellos, de *Nación de María Inmaculada!* ¡Patrona excelsa! ¡Virgen Purísima!, protegéd á cuantos hablan la hermosa lengua de Cervantes, en la cual el misterio de Vuestra Concepción Purísima se ha defendido, ensalzado y propagado de polo á polo.

Inflamad los corazones de los hijos de esta tierra clásica del amor á María, donde antes de que el misterio de la Concepción Purísima fuera declarado artículo de fe por el inmortal Pío IX, todos los españoles creían en tan sublime y poético misterio.

¡Viva María Virgen Inmaculada! ¡Gloria á María, excelsa Patrona de España!

ANTONIA RODRÍGUEZ DE MOLLÁ.

LA VIDA Y LA MUERTE

Hemos de morir sin remedio.
Pero-Grullo.

Lo único de que no puede dudar el hombre es de la muerte. La muerte es un hecho á plazo fijo, y el apoyarnos en este *dato* para nuestras operaciones, es lo más sensato que podemos realizar.

No voy á hacer doctrina económica, sino algunas observaciones, y esto como dice el gran autor que firma el lema, «chafan las narices».

Hablar del seguro de vida *cuchufleteándose* tiene algo de macabro que no desconozco, y es alegría parecida á aquella de un jacarandoso que cantaba en cierta juerga:

“Mira que te mira Dios,
Mira que te está mirando,
Mira que te has de morir,
Mira que no sabes cuándo.”

Ya el seguro de vida es tan popular, que para nada hemos de hablar de su necesidad y excelencia, arrojando al padre rico, empleado ó menestral, para que, basando su combinación en la fatal y segura estadística de la muerte, prevea y asegure, por poco dinero y ningún trabajo, el porvenir de los suyos.

Lo único que puede ser hasta filantrópico es, comparando Sociedades con Sociedades, decir al público cuál es la que por su marcha administrativa y económica puede rendirle mayores beneficios.

La Equitativa, con su Junta de gobierno, compuesta por 52 Directores y montada conforme á un minucioso estudio de las Sociedades más importantes del mundo, habiendo tomado de cada cual lo más conveniente, ha logrado en España un resultado tan brillante, que merece conocerse su 42.º balance anual. Cuantos deseen enterarse de él, pueden pedirlo en las oficinas de la Equitativa, que lo facilita en el acto.

ANTONIO NOGUERA.

Concurso de GENTE VIEJA

LEMA: *Abusus non tollit usum.*

El «Modernismo» en el Arte y en la Literatura.

En la eterna y constante marcha de la Humanidad hacia el Progreso, se verifican evoluciones continuas y surgen revoluciones trascendentales en todos los órdenes de la vida humana.

El Arte, como reflejo y expansión progresiva de las generaciones y sociedades que se suceden en nuestro planeta, sufre aún más modificaciones que cualquier otra entidad mundana.

Pero siempre en estas mutaciones se encuentra una relación de atavismo; pues, como dice el autor de *El cantar de los cantarés*, «nada nuevo hay debajo del sol», y lo que hoy llamamos innovaciones tienen reminiscencias de cosas antiguas transformadas por la selección.

Y concretándonos al Arte en general y á la Literatura en particular, la innovación reciente, el *modernismo*, que siendo en el Arte una *revolución* y una *evolución* en la Literatura, significa también, por ahora, la última etapa del *transformismo* intelectual; la depuración del gusto artístico, eliminando los absurdos errores, instituidos como dogmas por las falsas divinidades que huyen ante la espléndida luz de las ideas libres encarnadas de nuevo en el Arte y llegando así á la expresión más acabada de éste: á la representación de la belleza.

Para comprobar los anteriores asertos, hagamos algunas observaciones sobre el Arte *modernista* en general, y especialmente sobre la Literatura.

* *

El Arte, que como todos los seres de la Creación necesita para su desarrollo vital renovación de los elementos gastados y caducos, no podía estancarse y corromperse en las obscuras ciénagas de la ficción.

Otro es su fin: la verdad, supremo bien; y sin detenerle los turbios y pestilentes remolinos de la ignorancia, siguió por los riscos estériles de la necedad. Así llega al hendido tajo compuesto por concreciones de la injusticia social, y aislado por los convencionalismos que los adeptos de sectas arbitrarias y despóticas crearon.

Y al romper todos los diques y saltar por todos los

obstáculos, la pura linfa del Arte forma impetuoso torrente que hasta el abismo rueda; allí está su fin; allí está la verdad ignota, y eso es el *modernismo* en el Arte: la verdad en su expresión más absoluta.

En síntesis: que el *modernismo* es el Progreso, y que, dentro del Arte en general, significa, como escuela, la copia fiel, la *impresión* de la Naturaleza, teniendo por fondo la verdad y libres los procedimientos.

* *

También se verá que es cierto lo antes dicho, si se refiere á la Literatura. Aquellos enciclopedistas precursores de la memorable Revolución francesa, cuna de toda libertad y fuente de todo derecho, eran *modernistas*; y uno de ellos, Diderot, tuvo el *atrevimiento*, la *extravagancia* de escribir obras dramáticas en prosa, y esto, no por denigrar á los poetas ni por desprecio de la rima, sino por acabar con la rutinaria tiranía que entronizó el uso de la forma poética en el teatro, proscribiendo y relegando á último término la prosa.

Á impulsos de aquella gloriosa Revolución, las ideas del Arte se difundieron libremente, sin trabas de ninguna clase, aunque predominando el clasicismo, que tuvo gran predicamento é influencia en la época del primer imperio bonapartista; pero ya habían empezado á dominar en Alemania las nuevas ideas del romanticismo, y aunque aquel de Wieland y Lessing, que sólo era, por su espíritu reaccionario, un tradicionalismo intelectual, terminó con Hoffman en las fronteras de la locura artística y aun patológica, fué un primer ensayo que influyó bastante sobre Chateaubriand, y sobre aquella serie de sus obras que, empezando en *Atala* y *El Genio del Cristianismo*, concluyó en *René* y *El último Abencerraje*. En estas obras se muestra Chateaubriand con todo el estilo que impropriamente llamaron romántico, pues sólo era místico; pero á veces el autor creía poco en la eficacia religiosa, como en *René*, donde se manifiesta el cáncer de la época, á saber: el cobarde cansancio del mundo, la adoración del *yo* individual, la exageración de la energía propia y la falta de fuerza moral, la sensualidad egoísta y la frialdad del corazón, á despecho de grandes esperanzas. Por estas manifestaciones, Chateaubriand podía ser *modernista*, y aun mejor, acercarse al verdadero romanticismo, que tuvo su origen, el año 1827, en aquel famoso prefacio del *Cromwell* de Víctor Hugo, genio inmortal, superior á Corneille y á Racine, Shakespeare moderno, como le llama uno de sus biógrafos, é insigne jefe de la escuela romántica que, con sus aspiraciones francamente progresivas, fué el *alma mater* de toda la literatura contemporánea.

Pero en el romanticismo había poca firmeza en las opiniones, mucho desorden en las ideas y demasiado fatalismo en los personajes. Por eso los espíritus independientes y superiores se elevaron en busca de una atmósfera menos enrarecida por el *Deus ex machina* de los clásicos griegos y latinos.

Así, de la escuela romántica segregáronse dos núcleos que, siguiendo opuestas direcciones, formaron, de una parte el *determinismo*, y de otra el realismo.

El primero, especie de fatalismo psicológico ó teoría filosófica, que consiste en encadenar los actos de la voluntad á una predeterminación de sus motivos, siendo lo que añadió la llamada Filosofía científica al antiguo fatalismo, la base psicológica, dando por establecido que la voluntad obedece indefectiblemente á los motivos que la *determinan*, y que se encuentran siempre en los antecedentes cronológicos de los actos mismos; antecedentes que se imponen, triunfando los más fuertes sobre los más débiles.

Del otro lado, los realistas fundaban la *realidad* en los principios y en las causas invisibles que animan y explican la escena movable de los fenómenos, y la razón es la que únicamente concibe los verdaderos principios de la existencia de las cosas, y por tanto fundamento de toda ciencia. Una fase de la escuela anterior, y á la vez causa y efecto de la misma, fué el idealismo (*pseudo-racionalismo*); condición de los sistemas filosóficos, que consideran la idea como principio del ser y del conocer; comprendiendo esta denominación, como tipos generales, el idealismo templado de Platón, el subjetivo de Kant y el absoluto de Hegel.

El idealismo, en su sentido lato, es todo sistema que reduce la materia y contenido del conocimiento al sujeto que lo concibe. Su principio fundamental, *Esse est percipi*, la realidad de las cosas consiste en ser percibidas por el sujeto pensante, late en todas las múltiples manifestaciones del idealismo, desde la dialéctica platónica hasta la afirmación de Schopenhauer: «el mundo es mi representación». Volviendo al determinismo, como éste explica la serie de las cosas y la manera según la cual se suceden en el tiempo, pero no dice *nada de lo que son*, á remediar tal deficiencia vino el positivismo, sistema que pretende atenerse á los *hechos* y á su observación como único criterio. La palabra positivismo, que comenzó á ser usada por Augusto Comte, expresa hoy una tendencia general, la del empirismo, que reviste, cual Proteo, mil formas diversas, y que ha sufrido transformaciones infinitas. Los caracteres más genéricos que se pueden señalar á la dirección positivista son: experiencia y cálculo, oposición á lo ideal y negación de lo metafísico y de lo trascendente.

El descrédito de las especulaciones idealistas justificó, en parte, el recrudescimiento del empirismo positivista. Dentro de él, el intento de Schopenhauer de constituir una Metafísica empírica restaura de nuevo el pensamiento de Kant y hace volver el pensamiento al análisis siempre nuevo de la inteligencia; y este análisis (cuyo axioma primordial es: que todo estado psíquico tiene su correspondiente fisiológico) constituyó la escuela científico-literaria del naturalismo, que es, hasta ahora, la última palabra del progreso en literatura.

Y después de esta digresión crítico-retrospectiva y muy necesaria para comprender el *modernismo*, volvamos á este vástago de la escuela naturalista y del espíritu moderno.

Veamos lo que es el *modernismo* literario y enumeremos sus cualidades, buenas ó malas.

El *modernismo* es *impresionista* y *efectista*; por eso en sus obras no hay argumentos complicados; sólo presenta un momento luctuoso y emocionante de la vida. No desarrolla; compendia. Así, el carácter esencial de su estilo es la concisión. Siendo la literatura reflejo de la existencia, no sólo como es, sino como debe ser, y debiéndose adaptar al modo, pero no á la moda de su tiempo, camina hacia su perfección, siendo concisa, enérgica, vibrante; y como se dirige á un público ya educado, no necesita de largas disquisiciones para explicar las causas que ocasionaron el efecto ó tema predominante en la obra.

Lástima es que el *modernismo* abuse de sus buenas cualidades exagerándolas, pues así en muchas de sus obras, por ser *efectista*, presenta nimiedades, y en vez de la concisión diluye el homeopático argumento en tan gran dosis de líquido episódico, que resulta un brebaje insubstancial é insulso, ó áspero ó desabrido, según los componentes del episodio.

También el *modernismo* es *colorista*, como se llaman algunos de sus secuaces, tomando, quizá por imitación, esa palabra del tecnicismo pictórico y que en la literatura significa la vigorosa verosimilitud, el *colorido* de verdad con que se expresa el escritor. Esto merece plácemes; pero como el mayor mal del *modernismo* es la exageración extravagante, de ahí que muchas veces recarga tanto el *color* sobre una idea, que todo en ella se confunde, convirtiéndose la obra literaria en sermón gerundiano ó en discurso esotérico.

El *modernismo* es además *esteta*, y esto sí que parece redundancia, pues el fin de todas las Bellas Artes es la belleza. Pero el *estetismo* de los modernistas consiste en rendirla culto, hállese donde se halle, ó sea poner en práctica la teoría del Arte por el Arte. Con esto sólo se consiguen dos cosas: perder toda noción de sentido moral y atrofiar impulsos naturales inherentes al ser.

Señalando otra de sus fases, el *modernismo* es *parnasiano*, ó lo que es igual, que lima y pulimenta las frases, dando gran brillantez á los períodos.

Esto, que podía ser muy buena cualidad, se convierte en defectuoso culteranismo, inventando palabras, dando exóticos giros al idioma, plagando de pleríperomos los escritos y ampliando significaciones.

Condensar y concretar, no ampliar ni diluir, ha de ser la intención de la literatura moderna. En lugar de

neologismos y frases de relumbrón, tornen los *modernistas* a cultivar la verdadera poesía, que nunca desaparecerá, pues el público, ya molesto por tanto prosaísmo, acogerá con agrado las producciones poéticas y bien versificadas.

Siempre el *modernismo* trata de ser *simbolista*, ó sea, poner en los personajes de sus obras las cualidades de una entidad cualquiera y dar á sus palabras ocultas interpretaciones. Esto es racional y lógico, pero exagerándolo puede ocurrirle igual que al *colorismo*.

Y ya llegamos al final, tratando el *decadentismo* de los *modernistas*; y en este punto digamos con el ilustre D. Alberto Lista, en su oda "A la muerte de Jesús."

"Todos en él pusisteis vuestras manos."

¿Quién ha sido el que no haya deplorado alguna vez los males de su época? Verdad es que nadie ha descrito como los *modernistas* la podredumbre de la sociedad contemporánea.

Poner de manifiesto los males que nos aquejan, es una excelente cualidad; pero como es la obsesión de los *modernistas* el radicalismo contraproducente é inoportuno, por eso recargan con tan obscuras tintas el cuadro de triste decadencia, y así sus obras depositan en nuestro espíritu amargo sedimento de escepticismo y desesperación.

En esa forma no sirven al progreso, reniegan de él, pues consideran nulas sus conquistas.

Piensen que si hay mucho malo, en otros tiempos hubo cosas peores y.... desaparecieron para ceder su sitio á cosas menos malas. Lo mismo ha de ocurrir con lo existente.

No seamos *decadentistas*, seamos.... *progresistas*.

Según el anterior examen, el *modernismo* lleva en sí el germen del progreso; pero para llegar á su completo desarrollo es menester que abandone algunas ideas, modere otras y dé mayor suficiencia á la demás.

Actualmente el *modernismo* significa en la literatura y sólo es.... un *romanticismo adulterado, ecléctico á su manera*; y esto no es afirmación gratuita, sino raciocinio cimentado en la comparación de las ideas *modernistas* y románticas. Y como se trata de un romanticismo, aunque degenerado, terminemos este artículo dedicando á los *modernistas* la frase que el insigne romántico, duque de Rivas, pone en una de sus obras dramáticas:

"Lisardo, en el mundo hay más."

MANUEL CIDRÓN.

RATOS DE SOBREMESA

El regionalismo.

DOÑA CATALINA.—¡Era lo único que nos faltaba: que te metieras á político!

DON JOSÉ.—No, mujer. Esto no es política, en el sentido que á ti te asusta, porque yo no trato de ocupar ningún puesto de Gobierno.

D.^a C.—¡Ah, es claro! Esos los dejas para los que no se contentan con el hueso. ¡Eres un bendito! Pero con eso no se come.

D. J.—Pero no conoces que te contradices, al temer que yo ande á la greña por cuestiones políticas y al censurarme porque no me propongo tomar parte en esa clase de rebatiña?

ANTONIO.—¡Vamos! Deje usted á papá que siga hablándonos del regionalismo y nos cuente la fábula que iba á empezar.

D.^a C.—¡Valiente cosa nos importa todo eso!

CARMENCITA.—Pues á mí me gusta mucho enterarme de todo, porque el saber nunca está demás; y basta que papá nos quiera hablar de una cosa, para que yo crea que ha de sernos útil. Siga usted, papá, siga usted; ya sabe usted el carácter de mamá, que empieza gruñendo un poco siempre que usted nos explica algo, y luego acaba por escucharle con más atención que nadie.

D.^a C.—¡Ah, sí, mucha atención! Porque no quiero

disgustar á papá; pero no porque me convenza de que nos conviene—y el primero á él—esa manía suya de tomar por donde queman tantas cosas en que nada nos va ni nos viene; y ésta de hoy es una de ellas.

A.—¿Pero es posible que diga usted eso, cuando se trata de una cuestión que se roza con la paz, y hasta quién sabe si con la vida de España?

D.^a C.—Pues adelante. Si por mí no llueve, ya puede empezar, aunque sea á cántaros.

C.—Ande usted, papá, díganos usted la fábula esa.

D. J.—¿No te molestará, querida Catalina?

D.^a C.—No, hombre, no. Yo lo único que siento es que puedas perder el tiempo y enseñar á los muchachos á perderle, en vez de que aprendan lo que les pueda tener cuenta.

D. J.—Entonces voy á continuar, con tu permiso, en la seguridad de que habrá pocas cosas que nos tengan á todos más cuenta que ésta del regionalismo en nuestra patria, capaz de darnos grandes disgustos y ocasionarnos muchas pérdidas de todo género. Y como sea más fácil prevenir que remediar, voy á continuar lo empezado y á decirte la fábula á que me refería en el momento de la interrupción. Esa fábula es alemana y lleva el título de *El banquete de los órganos*. El asunto es el siguiente: concertaron todos los órganos de nuestro cuerpo un suntuoso banquete, para solemnizar su existencia en un día de aniversario, y convinieron—por la que ellos creyeron razón de *decencia*—en no convidar al hermano menor encargado de la llave de la puerta del aparato intestinal. Se despacharon á su gusto en la solemnidad proyectada, y todo fué satisfacción y alegría hasta que llegó la hora en que debía abrirse, para la salud de todos, aquella puerta, cuya llave se había llevado el despreciado pariente, ofendido hasta más no poder. En vano fueron á calmarle en su escondite algunos de los comensales de menor cuantía, enviados por los primates. El tiempo pasaba cruel y la necesidad arreciaba, hasta el extremo de peligrar la vida de la comunidad entera. Entonces todos los ofensores, con el soberbio cerebro á la cabeza, se trasladaron al tugurio del que habían mirado como hermano repugnante y despreciable, para exponerle su arrepentimiento y pedirle humildemente que les perdonara su locura. Reacio el ofendido, y apuradísimo á más no poder los ofensores, se arrodillaron éstos ante su maltratado pariente, que les invitó á que se alzarán y tomaran el mal rato pasado como provechosa lección para lo sucesivo. Ellos juraron no olvidarla; le abrazaron con todo amor; la piadosa llave funcionó, y la paz—nunca más asegurada que entonces—renació para la comunidad escarmentada.

A.—¡Magnífico, papá!

C.—¿Qué enseñanza!

D.^a C.—¡No me disgusta!

D. J.—Si esto que cuenta la fábula con aplicación al *llavero* de que se trata es malo, es detestable por injusto y por insensato, ¿sería mejor en el caso de que se fraguara la conjuración orgánica contra el cerebro? La primera clase de falta se comete á diario contra el pocero, el alcantarillero, el bracero infeliz, por hermanos suyos, enfermos de vanidad é irreflexión, como los banqueteadores de la fábula, y la segunda falta es en la que incurren los *regionalistas*, que ante una flaqueza cualquiera del cerebro de su nación, piensan en remediarla suprimiéndole ó por lo menos *separándose*. ¿Adónde irían á parar, qué sería de ellos, en uno ú otro caso?

D.^a C.—Pero esa es una cavilosidad tuya; á lo menos por lo que hace á España.

A.—Atrasadilla anda usted de noticias.

D.^a C.—¿Pues qué...?

D. J.—Por desgracia es una cavilosidad que no carece de fundamento, porque hay quien intenta separar unos españoles de otros, y ya sabéis el antiquísimo adagio aquél de *divide y vencerás*. ¡Pobres, sobre todo, de los menos que se apartasen de los más! Ya lo estamos viendo en las Antillas que fueron españolas y en Filipinas.

A.—¡Parece imposible tanta ceguera!

D. J.—La mayor está en creer que es Madrid el que tiene la culpa de todos los errores de los Gobiernos de España, y que, por consiguiente, no hay más que cambiar el domicilio de éstos para darlos por saneados.

C.—¿Pero hay quien pueda disparatar así?

D. J.—¡Ya lo creo! Y quien se haga la ilusión de que llamándose independiente de España será *libre y respetado* por todos los poderosos de la tierra, y no volverá á tener que perdonar error ninguno á sus gobernantes. Si fuera posible hacer ciertos experimentos, tal como el de consentir en esa separación, es seguro que habrían de quedar curados radicalmente del *mal de separatismo* cuantos le padecen hoy en nuestra patria. Pero esto, aparte otras muchas consideraciones, sería castigar horriblemente á regiones enteras, por el pecado de unos cuantos ilusos, cuyo convencimiento no vale el sacrificio general necesario para alcanzarlo. Pero sí vale la pena de tomar el mal presente en gran consideración, para evitar la *infección del aire* y que resulte epidemia lo que hoy son casos aislados. En este concepto, es prudente todo estudio que se dedique á investigar las causas de este padecimiento, para extinguirlas cuanto antes, salvando así de las consecuencias á los territorios amenazados directamente, y á la nación en general.

A.—Está muy bien. ¡Eso, eso! Un tratamiento como si fuese una enfermedad infecciosa.

D. J.—Como lo es; sólo que del espíritu. Pues bien, lo primero es la protección de todos los intereses legítimos, materiales y espirituales, y á la cabeza de éstos la justicia, ejercida con la bondadosa firmeza que es parte principal de su dignidad. Y lo segundo—pero no más que por no ser posible decir dos cosas á un tiempo—poner el mismo empeño en acabar, dentro de nuestra patria, con lo que más divide á los hombres: que es la diferencia de idioma. La *torre de Babel* es el emblema de la división y discordancia de nuestra especie, el manantial del odio y de la guerra; como el *idioma universal* (que vendrá, pero no por obra de un hombre, sino por trato y concurso de todos; para lo cual es indispensable condición la *facilidad suficiente de comunicaciones*), será el símbolo y fiador del amor y de la paz. El viajero que en tierra extraña oye hablar en su idioma, siente la voz del hogar, de la familia, que le penetra en el corazón, allí donde las personas que le rodeaban, hablándole en otra lengua, le parecían, por esto sólo, seres de otra especie.

D.^a C.—Eso es verdad.

A.—¡Y tanto!

D. J.—Pero que el Gobierno se abstenga de llamar idioma *castellano* al *español*; como el Gobierno de Italia se guarda de llamar *toscano* al italiano.

D.^a C.—¿Pero se hablan en la China ó en España el vascuence y el catalán?

D. J.—Y el valenciano, y el gallego, y el bable.

C.—¿Qué es eso de *bable*, papá?

D. J.—El dialecto asturiano.

A.—Y á propósito. ¿Qué diferencia hay entre idioma y dialecto? porque recuerdo que hace pocos días disputaron sobre esto dos diputados en una de las sesiones del Congreso.

D. J.—Y los dos tenían razón, porque ante la Gramática ó la Filología todas las diferencias del lenguaje son otros tantos idiomas; con tal de que no se limiten esas diferencias á contados vocablos, acepciones ó giros, sino que establezcan ya una separación tan general como es precisa para constituir lengua aparte, por más parecidas que sean, como sucede con el catalán y el valenciano y el lemosín, el italiano, el portugués y el castellano, etc., etc. Pero está admitido por el uso que la palabra *idioma* se aplique á la lengua oficial de cada nación, y se reserve el calificativo de *dialecto*—ó sea lo que en Francia se llama *patois*—á los idiomas regionales ó provinciales.

A.—Entendido.

D. J.—Pues bien, lo que á la Humanidad importa es huir de la *torre de Babel* y acercarse todo lo posible al *idioma universal*, símbolo de la *universal familia*. Al efecto, cada nación debe hacer lo posible por unificar su lengua y facilitar la comunicación con las demás, para ir las unificando todas. Nada de violencias, porque precisamente se trata de prevenirlas; pero los gobiernos cumplirán con su alto deber, en este punto, suprimiendo en los *actos oficiales* los dialectos y dejando libertad absoluta para emplear éstos en los *actos particulares*; clasificando entre los primeros la enseñanza oficial, desde la de los Ayuntamientos á la de las Uni-

versidades, las actuaciones y documentos oficiales de todo género, verbales ó escritos—con inclusión de los correspondientes á la Administración de Justicia y á la Iglesia oficial,—y clasificando entre los actos particulares la enseñanza dada en lugares y por personas no oficiales, así como la publicación de libros y periódicos escritos y editados por particulares.

D.ª C.—Vaya, pues si te parece que has arreglado ya el mundo lo suficiente por hoy, levantaremos la sesión; porque nos está esperando el cesto de la costura.

A.—Muy señor mío.

D. J.—Pues andad, no falteis á la cita, querida Catalina.

EDUARDO SANCHEZ Y RUBIO

DESPUÉS DE MUERTO...

—¡Nada, nada.... á morir!

¿Qué muerte escogeré?

¿Me tiro desde mi ventana á la calle?

No, porque hay mucho espacio que recorrer, y voy á llegar cansado y *receloso* á la muerte.

¡Justo!... Es lo mejor; me levantaré la tapa de los sesos, y así tendré el gusto de ver lo que guardo debajo de la tapadera.

Precisamente mi vecino D. Nemesio, empleado en consumos, tiene una pistola de dos cañones; se la pido, hago de ella el uso que me propongo, y se la devuelvo en el acto.

Y sin más, ni más, verán ustedes lo que hice:

—Tilín, tilín....

—¿Quién?

—Servidor.

—¡Ah! ¿Es usted D. Ricardito?... Pase usted adelante.... ¡Pero cómo se le conoce á usted que es poeta de guardilla!

—¿En qué, señora?

—En que hace usted versos y vive usted en el sota-banco.

—Tiene usted razón: las señas son mortales. ¿Está D. Nemesio?

—Ha salido, pero volverá pronto.

—¿Se ha llevado la pistola?

—¡Ya lo creo! Dice que el día que se le olvide, no es hombre para nada. Desde que está en el fielato, todas las noches tiene que hacer uso de ella. Esta madrugada ha matado á dos matuteros, y su jefe le ha encargado que en la que viene mate otros dos ó tres más. Luego llevan las pieles al Ayuntamiento, y les dan una gratificación. Es el único medio de acabar con el *matuterismo*.

—¡Y con la humanidad entera, señora!

Y sin hablar más, bajé la escalera, y al llegar á la portería me encontré con D. Nemesio.

Me acerqué á él bruscamente, le arrebaté la pistola, me la puse entre ceja y ceja, y....

—¡Pum, pum y pum!

El eco de la escalera.—¡Pum, umm, umm!!!

¡Ea! Y ya tienen ustedes un cadáver más á su disposición.

Pero ¡qué barbaridad! Parece que no han visto nunca un muerto de muerte natural y espontánea.

Hombres, mujeres y niños, aldeanos y aldeanas, soldados, gente del pueblo y, en fin, coro de ambos sexos rodeaban mi cadáver, contemplándole con más curiosidad que compasión.

Oigo por ahí que han ido á buscar al Juzgado.

No sé quién habrá sido y por eso no me incorporo á darle las gracias más expresivas.

Un trasnochador á uno del Orden.—Es decir, que si el Juzgado tarda diez días en llegar, el cadáver tiene que permanecer en la calle.

El del orden.—Mientras el Sr. Juez no se *presone* en el *trato* de la catástrofe, nadie puede levantar al muerto.

El trasnochador.—Pues yo suelo levantarlos mucho antes de que llegue.

El sereno.—Y es lo que se debe hacer.... porque eso de pasar aquí toda la noche, con la helada que cae, es para matar á una bestia.... y no lo digo por mí, sino por esta señora que está esperando que la abra, y no puedo, porque me está prohibido separarme del *interfeto*.

Un chulo.—Claro, por si tiene sed.

Un aguador.—O por si se le ocurre fumar un *petillo*.

¿Verdad Juanín?

Juanín.—Non te burles, que cuando el *enfeliz* se ha matado, él sabrá por qué.

¡Es verdad que lo sé! Porque me veía sin una peseta; porque todas las esperanzas y todas las ilusiones de mi vida las tenía en un drama compuesto por mí y leído

y entregado en el teatro Español, por cuya empresa fué admitido, luego rechazado, más tarde vuelto á aceptar y pasados algunos días enviado á mi casa.

Unas veces me dijeron:—Es corto.

Otras: Es largo.

—No tiene tesis.

—Está pasado.—¡Cómo si se tratara del arroz!

—El año 50 hubiera sido un éxito fenomenal.

Y un concurrente al saloncillo llegó á decirme:

—¿Por qué no le convierte usted en zarzuela, haciendo que Chueca le ponga unos numeritos de música?

—Muchas gracias, pero la protagonista es D.ª Juana la Loca, y no *le pegan los couplets*.

—¿Qué más da? La convierte usted en *Juana la Tonta*, á Felipe el Hermoso en *D. Félix el Horroroso*, y la obra puede usted titularla: *El hombre y el oso*, etcétera, ó *Juanita la Mentecata*. Mire usted que se lo aconseja uno á quien le han salido los dientes en el teatro.

—Y las muelas en el cerebro—objeté yo, cuando no me había suicidado.

Por esto, y nada más que por esto, acabo de quitarme de en medio. ¡Vamos, gracias á Dios! Ya están aquí el Juzgado y el médico.

¿Qué irán á hacer de mí?

Me reconocen, me vuelven boca arriba, me dejan boca abajo, me tocan en todas partes.

—Está más muerto que Fernando VII—dijo el doctor.—Al depósito con él.

Y en una camilla, dieron con mi cuerpo en el establecimiento expresado.

—¡Qué oscuro está esto, Dios mío! Es claro; los muertos ¿para qué queremos luz?

Los dependientes encargados de mi custodia se retiraron, y yo quedé solito sobre la tarima, rígido y tieso, como si estuviera almidonado para que me encañonaran.

¡Ya está amaneciendo.... y, con qué lentitud, Dios mío! No parece sino que el día tiene miedo de la noche y trata de apoderarse de ella cautelosamente.

Pero ¿qué es lo que está leyendo, en alta voz, ese hombre á la puerta de este fúnebre aposento?

Oigamos:

«Añoche se disparó un tiro en el entrecejo el joven poeta D. Ricardo Sollozos. El arte dramático ha sufrido una pérdida irreparable; la vacante que deja en el mundo de las letras, difícilmente se cubrirá. La Empresa del teatro Español, para honrar la memoria del genio malogrado, ha determinado poner en escena su último drama, llamado á producir una verdadera revolución en el arte.»

—¡Qué oigo! ¿Pues no decían que no tenía tesis, que era lánguido, que me dedicara á otra profesión porque *no me daba la vena por ahí?*

Ahora que no necesito de recursos, es cuando va á representar mi obra. ¡Después de la indiferencia con que han presenciado mi desesperación, y de la burla en que me han visto perecer, me llaman genio malogrado!

¡Esta iniquidad es capaz de resucitar á un muerto!

.....

—Servidor de usted, señor empresario. ¿No me recuerda usted?

—Hombre, sí, tengo como una idea vaga....

—Soy el autor del drama *Doña Juana la Loca*; he leído que le iba usted á poner en escena, y vengo....

El empresario, aterrizado.—Sí, ya recuerdo.... pero ¿no se había usted pegado un tiro?

—De ello traté, sí, señor; pero al disparar tembló mi mano, la bala atravesó el sombrero de un vecino que subía; caí desvanecido, y....

—¡Pues me ha partido usted por la mitad! La obra de usted es una sarta de disparates, y ni yo, ni ninguna empresa en España, seremos capaces de ponerla en escena.

—Pero ¿no ha hecho usted decir en la prensa que mi drama está llamado á producir una revolución?...

—Hombre, si no una revolución en el arte, al menos hubiera producido un *entradón* en mi teatro, que era lo que yo deseaba; pero viviendo usted, la cosa ya no tendría interés alguno, y se convertiría en un estreno vulgar. Así, pues, resueltamente, no hago la obra.

—De modo que si quiero hacer mi *debut* como autor dramático....

—No tiene usted más remedio que suicidarse con toda formalidad. Es la única manera de dar estímulo y amenidad á la función, porque se leerían versos á la memoria de usted, se pondrían coronas en su busto.... Conque anímese usted, y le doy mi palabra....

Al día siguiente hice insertar este suelto en los periódicos de Madrid:

«No habiendo resultado cierto el suicidio de Don Ricardo Pérez, la Empresa del Español ha desistido de poner en escena el drama de este joven poeta, el cual drama, mientras viva su autor, no puede producir revolución de ninguna clase en el arte dramático.»

*
*
*

Ahora, lector mío, te aconsejo que no duermas del lado del corazón, porque produce sueños y pe-

sadillas confusos y agitados, como el que acabo de referirte.

¡Por cierto que su sola narración me ha puesto los pelos en punta, ó de punta, que de las dos maneras lo sé decir!

TOMÁS LUCEÑO.

Información especial de GENTE VIEJA.

(CUESTIÓN SOCIAL)

XV

Medios para procurar la igualdad en el capital.—Ya hemos dicho que para igualarse obreros y fabricantes ante el capital, lo único, lo imprescindible es aportar partes iguales. Este imposible de hoy podrá ser la posibilidad de mañana, si poco á poco, todos de consuno, van preparando la transformación por los siguientes medios:

1.º Enseñando la previsión y practicando el ahorro para depositarle en cajas administradas con pureza, y en las cuales, á ser posible, devengue algún interés que aumente el peculio ahorrado.

2.º En estas cajas de ahorros (cuyas sucursales deberían ser más numerosas que las tabernas) convendría depositar los premios ó remuneraciones extraordinarias que se concediesen á los obreros, estableciendo dos clases de imposiciones: unas *voluntarias*, que se pudieran retirar sin dificultad alguna á petición del obrero; y otras *limitadas*, para retirar las cuales sería necesario la conformidad del donante, á fin de poner alguna restricción al despilfarro.

3.º También debería ser por hoy condición precisa del sistema de participación, en aquellos establecimientos en que se ensaye éste, que la mayor parte posible de la participación de cada obrero se depositara precisamente como imposición *limitada* en dichas cajas de ahorros.

4.º Creación de sociedades de consumo, de casas y barrios de obreros, de salones gratuitos de lectura y de recreo instructivo, así para abaratar la vida del pobre, como para desviarle de los gastos innecesarios, con lo cual se le facilita el ahorro.

5.º Facilitando el uso del crédito personal, del crédito á la honradez, como se practica en Escocia, de modo que el obrero apto y robusto, de irreprochables antecedentes, pueda encontrar las pequeñas cantidades que necesitare, previa recomendación de sus jefes ó patronos, ó garantido por sus mismos compañeros, sin acudir á las casas de préstamo ni ser víctima de la usura. Dar el valor en el mercado á la honradez es fomentarla y generalizarla.

Medios para procurar la igualdad en el aporte del trabajo físico actual.—Según hemos indicado más arriba para acercarse á este resultado irá el obrero trabajando cada vez menos con sus músculos; y con el fin de conseguirlo, se deberá apelar á los arbitrios siguientes:

1.º Extender y generalizar los medios mecánicos ó químicos para ejecutar á máquina el mayor número posible de las faenas que hoy se ejecutan á mano.

2.º Crear Cámaras sindicales de obreros, bajo la vigilancia de la autoridad, en los principios, cuyo instituto debe proponerse la protección de aquellos humildes inventores de taller que con frecuencia discurren una mejora de la cual se aprovechan otros. Esta, que es una de las injusticias que más hieren al obrero, á la vez que es en ocasiones un pretexto para ostentar agravios imaginarios, sería fácil corregir por medio de acertadas disposiciones en los reglamentos de dichas Cámaras sindicales. Tendrían además éstas por objeto ser un centro de contacto con las Cámaras sindicales de los fabricantes, á fin de suavizar asperezas y matar desavenencias en su origen, y por *misión de actualidad* discutir los reglamentos de taller, procurando que el ahorro de tiempo, los ocios, que se consiguen con la introducción de los procedimientos mecánicos, redunden también en beneficio del obrero, dejándole algunos minutos más libres para dedicarlos al estudio. No es justo que el fabricante se lo apropie todo.

3.º Premiar generosamente por manera directa ó in-

directa todo invento, perfeccionamiento ó simplificación que produzca ahorro de tiempo, ya que el ahorro de tiempo es el signo infalible de la transformación en trabajo espiritual de una suma más ó menos grande de trabajo físico, y ya que en esta transformación estriba la libertad, el bienestar y el progreso.

4.º Legislar con prudencia, pero con energía, para prevenir ó castigar los abusos de los capitalistas y fabricantes; porque si es justo reprimir las demasías del obrero desvalido y pobre, todavía lo será más atajar con mano fuerte las imprudentes exigencias y los despojos del rico; del rico que con su egoísmo provoca y justifica muchas de aquellas demasías.

5.º Extender por todos los países, perfeccionándola de día en día, la institución de los consejos de hombres buenos (*conseils des prud'hommes*) que han ideado los franceses, y que tan buenos resultados puede dar.

6.º Declarar la libertad de asociación para estudiar é instruirse, preparando así la libertad de asociación absoluta.

Medios para procurar la igualdad en el aporte del trabajo intelectual.—Imposible es ya, visto el estado de las cosas en la mayor parte de las naciones modernas, que los proletarios eleven el nivel de su ilustración si no se establecen dos cosas: la libertad de instrucción profesional, y la libertad de asociación en el saber y la ciencia. Los países que no consignan abrir así de par en par las puertas del saber humano, se agotarán dolorosamente entre los odios de la ignorancia y la ignorancia de los privilegiados. De todos modos, si queremos ilustrar á los operarios lo indispensable para que se entiendan y alternen con quienes les pagan, conviene:

1.º Imponer la instrucción primaria por medios análogos á los empleados por la Prusia, cuyos sistemas, así como la organización escolar actual de la Sajonia, merecen por muchos estilos imitarse. Después del regazo de la madre, nada hay que imprima sello más hondo en el hombre que la escuela de primeras letras. Bien sabemos lo que en contra de este consejo clamarán determinadas escuelas radicales. No podemos, sin embargo, cerrar los ojos á las lecciones de la experiencia, ni olvidar por qué medios el padre más amante y cariñoso tiene que educar á sus hijos.

2.º Acudir á formar una legislación especial respecto á los contratos de aprendizaje, cuyas disposiciones deben hermanar un rigor saludable que inocule desde la infancia el salvador espíritu de disciplina (sin el cual no hay sociedades robustas) con una sincera ternura y paternal interés hacia el aprendiz. Para esto es indispensable oír y hasta dar voto á los obreros, y el legislador no debe comprometer el porvenir por atender como hasta aquí á preocupaciones apasionadas de clase.

3.º Lo mismo en la escuela que en el taller, la instrucción del obrero debe tener continuamente por cimiento y base la noción perfecta de la ciencia del trabajo, la Ponología. Sin un concepto exacto de lo que es el trabajo humano, se considerará como el único obrero y productor; sin conocer la manera como se forma la riqueza, soñará sueños de sangre para llegar á países ridículos de Jauja; mientras ignore que el capital es su redentor, profesará doctrinas de parricida; y en fin, en tanto que proletarios y ricos, completamente emancipados de reminiscencias teológicas ó metafísicas, no vean el sencillo, providencial enlace de la moral con el interés, de lo bueno con lo útil, no podrá cerrarse el período de agresión y guerra, ni dar comienzo al del amor en la paz. Fe y caridad ha de haber siempre mientras el sentimiento sea parte integrante de nuestro ser; pero la fe hoy quiere ver y palpar. Hace mucho tiempo que se la cayó la venda de los ojos.

4.º Atendida la imperiosa necesidad de inculcar á todos esas verdades axiomáticas, sin las cuales el falso saber puede llegar á ser nocivo, conviene promover la formación de círculos de lectura, cátedras permanentes todo lo amenas que posible sea, institutos, laboratorios, talleres y cuantos centros de estudio ó focos de ilustración y de buen gusto puedan idearse para instruir deleitando. Adviértase que decimos también «de buen gusto» porque el cultivo del arte — manifestación suprema del sentimiento — es necesario á la armonía.

5.º Nada de esto podrá dar los frutos apetecidos si la mujer no adquiere, á la par del hombre, las ideas generales y sólidas que acabamos de indicar. Aparte de todo lo que se ha dicho y se sabe sobre la materia, una observación larga y constante nos ha demostrado que los errores más lamentables de los proletarios nacen en la ignorancia de sus mujeres. Son las depositarias y custodios del sentimiento, y cuando éste, descarriado por ideas falsas, obscuras, monstruosas, alza la vibrante y apasionada voz en boca de la mujer, las fibras del corazón más entero vibran al unisono hasta con el absurdo, y entonces ¿quién es capaz de hacerse oír de aquella fiera ó aquel héroe?

Medios para procurar la igualdad en el aporte del trabajo sentimental.—En los movimientos sentimentales de la actividad humana nace la calma ó rugen las tormentas. Véase si será importante armonizar este elemento de toda producción entre sus agentes infinitos. La empresa es, como ninguna, delicada; los medios evidentes, pero delicadísimos también. Tales extrarvos germinaron al calor de los errores de la inteligencia, que no hay en ciertas clases sentimientos, sino pasiones, y la pasión, como es sabido, ni oye, ni escucha, ni ve. Indicaremos, sin embargo, lo que debe y puede hacerse.

1.º Robustecer el sentimiento de la familia y fortalecer los lazos familiares, para lo cual es de necesidad absoluta educar dignamente á la madre, fuente providencial de aquellos misteriosos y prepotentes sentimientos que determinan infaliblemente el carácter del hombre, la alteza, la virilidad, la índole de las humanas sociedades. *Tal mujer, tal pueblo.* Sólo así se acallarán para siempre esas absurdas aspiraciones de algunos obreros (sobre todo en Francia) de que el sostenimiento de la infancia y la vejez haya de correr por cuenta del Estado ó de bancos y tesoros imaginarios. Hay que hacer comprender toda la monstruosidad, todos los peligros de reclamar los goces y ventajas de la familia, y rechazar sus más sagradas obligaciones. Muy cómodo es ser imprevisor ó disoluto; pero nosotros no debemos enmendar las leyes naturales suprimiendo el único freno á estos vicios, por doloroso que sea.

2.º Basar la educación desde la cuna en el catecismo moral, aprendido primero de memoria y explicado y demostrado después en las edades sucesivas. En esta enseñanza trascendental no debe reincidirse en un error que ha producido gravísimos males. La verdad abstracta, tal como la comprenda cada época, tendrá sólo cabida en los catecismos populares, sin mezclar con sus axiomas sus máximas y enseñanzas nada convencional ó casuístico, por mucho que en ello ganen ciertas clases privilegiadas. No hay prestigio ni autoridad que iguale á la autoridad y al prestigio de la verdad, y la verdad no es más que el conocimiento de las leyes fatales de este mundo, de su irresistible fuerza, de su armonía y su fin.

3.º Premiar, honrar y dignificar el trabajo en todas sus manifestaciones, haciéndole conducto y recomendación única para llegar á los honores, á la fortuna y á los puestos de honor y de confianza. Para ello se inoculará, por todos los medios asequibles, la doctrina de «ayúdate á ti mismo», que los ingleses llaman *self-help* (ayuda de sí), se estimulará el sentimiento de la dignidad ó respeto de sí mismo (*self-respect*), y se exigirá el dominio sobre los deseos ó pasiones (*self-restraint*), atacando y destruyendo debilidades y preocupaciones como las que existen en España acerca de la limosna, sobre todo cuando se hace con dinero ajeno. La facilidad de dar y de pedir que en este país se advierte, no sólo en la calle, si que más principalmente en los ministerios, ha hecho que los extranjeros nos califiquen más de una vez de país de mendigos, y no hay duda de que una nación en donde se ha perdido la vergüenza para pedir, sin más título que el amor al prójimo, es un pueblo degradado.

4.º Evitar en los usos y costumbres, y sobre todo en las disposiciones legales, cuanto hiera y mortifique la dignidad del hombre. El art. 1.781 del Código francés (hoy, por fortuna, suprimido), por el cual la palabra del fabricante ó patrono hacía fe y prevalecía contra la declaración de su operario, hizo más socialistas, comunistas é internacionalistas en aquel país, que todas las pre-

dicaciones de los clubs y conciliábulos. La cartilla (por más que tenga sus ventajas) es inadmisibile en su forma actual. Podría conservarse con utilidad para el buen obrero, si se redactara é instituyera bajo otro espíritu que el de una inquisición odiosa y una desconfianza hostil.

5.º En lugar de la limosna que humilla, las clases acomodadas, bajo la inspección de delegados del obrero, deberían crear, con interés muy particular, cajas de retiros y otras instituciones análogas, para que el trabajador pudiese recabar una pensión en la vejez para sí ó para los suyos. Nada moralizaría tanto al proletario, como saber que cuando las fuerzas le abandonaran no se moriría de hambre.

6.º Por último, si se quieren respetar las enseñanzas de la historia, se tendrá muy presente que no reinará la *unidad* de sentimiento necesaria, en la inevitable *variedad* de sentimientos, allí donde no se consagre de una vez la absoluta libertad de la conciencia. Obligar á un ser racional á mostrar exteriormente otro respetó, otro amor que el que sienta en su fuero interno — y esto tratándose del amor sublime, — es imponer la hipocresía, habituar á la doblez, corromper y degradar.

Es visto que la mayor parte de los medios que acabamos de señalar, ó se han recomendado ya, ó están en práctica en este pueblo ó en el otro. Nótese, sin embargo, en todo cuanto se ha hecho hasta aquí, incluso la organización de las sociedades y bancos de Schultze Delitsch en Alemania, cierto carácter de hostilidad como para preparar al obrero á una gran batalla, mientras nosotros opinamos que la solución no está en la lucha, sino en la fusión de intereses, sólo por falta de luz enemigos y antagonicos.

Por eso opinamos que los mayores conflictos actuales por el sistema de participación se conjuran y resuelven. Porque no debemos entregar nuestra razón á los ensueños dorados de la fantasía: el aborro del obrero, tal como se forma hoy y se procura emplear, sólo podrá, en último término, dar el ser á sociedades cooperativas de producción; y una larguísima experiencia, un estudio profundísimo del corazón humano y de los grandes y complejos organismos de la moderna industria, nos infunde el convencimiento de que semejantes asociaciones—creadas de golpe y de una pieza—darán tristísimos frutos en una inmensa mayoría, no pudiendo existir sino basadas en una abnegación mística, reñida con la actividad, ó en una perfección seráfica, que no cabe, como regla general, en la naturaleza humana.

MELITON MARTÍN

TRABAJO NACIONAL

GENTE VIEJA, que, como hemos dicho muchas veces, se congratula en hacer constar los progresos de los tiempos nuevos, ve con mucho gusto lo que la industria en general adelanta en España y muy especialmente lo que adelanta la industria madrileña.

Recientemente se ha celebrado en el inmediato pueblo de Pozuelo una hermosa fiesta del trabajo, reuniéndose la mayor parte de los socios de *La Fortuna*, Sociedad debida á las iniciativas del aficionado á *mozo viejo* Venancio Vázquez.

Las importantes fábricas que esta industria posee y que todo Madrid conoce son hoy propiedad de *La Fortuna*, Compañía en que han entrado á ser accionistas y propietarios la mayor parte de los comerciantes que en toda España eran compradores de las mismas.

La operación financiera llevada á cabo por Venancio Vázquez, su instinto comercial para acrecentar y poner de acuerdo los intereses de todos, podía servir de enseñanza á muchos Ministros de Hacienda.

Como industrial, como Concejal que fué de Madrid en tiempos muy difíciles; como ciudadano, de cuyo civismo dió grandes pruebas cuando los terremotos de Granada, Venancio—como familiarmente le llamamos todos—merece el aprecio con que España entera le distingue.

Y conste que no nos convida á chocolate ni á galletas, y que como aprendiz á *mozo viejo* deja bastante que desear.

GARCI-FERNÁNDEZ.